

Marco Antonio Campos

¡Viena, Viena!

A Erich Hackl

AUTÉNTICO VIENÉS

Dos preguntas hacía yo regularmente: una, a los extranjeros, si estaban o no a gusto en Viena; la otra, generalmente a los austriacos, sobre quién era el auténtico vienés.

La primera, salvo notables excepciones, era desconsoladora: no estaban a gusto. En el mejor de los casos hablaban bien de Viena pero no de los vieneses.

Esto derivaba a la otra cuestión: ¿Quién era el auténtico vienés? La mejor respuesta me la dio un estudiante (que venía, por demás, de Voralberg, al extremo oeste del país): "Es el que tiene, por ejemplo, un padre checo, madre de la Baja Austria, una abuela alemana, parientes en Eslovenia, un tío lejano en Polonia". Y con este juego podían efectuarse infinitas combinaciones con austriacos, alemanes y habitantes de países del este europeo que, todo mundo sabe, formaron parte del imperio habsbúrgico. Bromeando en ocasiones decía yo que era un auténtico vienés porque tenía casi dos años en la ciudad.

Sin embargo, en su reconocimiento, debe decirse que algo unía en general a nuestros auténticos vieneses: el odio al extranjero, en especial a turcos y yugoslavos, mano de obra barata, segura y resistente, a la que se podía despreciar explotándola, pero conservando la fe en Cristo y dando la puntual contribución a la Cruz Roja.



EL VIENTO

Se conocen el pasado y el nombre. Ruinas en el centro de asentamientos romanos que fueron también guarniciones, redescubiertas en 1948. Se especula que los romanos estuvieron hacia el año 100 de nuestra era. Aquí y allá (en el Hohemarkt, en Am Hof, en Michaelerplatz), pequeñas hue-llas: fragmentos de muros, cortes de frisos, lápidas, altares, máscaras, estatuillas, maderas de empalizadas, urnas con ros-

tros, cubiertos de piedra para tachos de basura. Piedra y mármol, barro y terracota, trabajados casi siempre por manos mediocres. A los romanos se debe el nombre de la ciudad: *Vindobona*, Viento bueno. Pero ¿es bueno el viento? Si en Salzburgo se nota un alivio en la gente cuando no llueve, en Viena lo es cuando no hay viento. El viento, el viento. *Schlechter Wind*. *Schrecklicher Wind*. En calles, en parques, en jardines, en plazas, en esquinas, al salir de edificios o establecimientos, en días de sol o de niebla o de lluvia o de frío, el viento sale de todas partes, persigue, azota, ciega. El viento, el viento, el viceento.



EL TERCER HOMBRE

En sus dos crónicas sobre sus fugaces pasos por Viena —que Erich Hackl recopiló en su libro *Wien, Wien allein*— Gabriel García Márquez culpó a Carol Reed por hacerle buscar la Viena que ella recobró en su ameno y emotivo filme *El tercer hombre*, basado en la novela homónima de Graham Greene. Por supuesto que apenas la halla; primero, porque las imágenes son tomas del primer distrito con edificios en ruinas y la secuencia final pasa en los albañales y subterráneos de la ciudad (lo que no ilustra mucho al viajero); la segunda, porque es probable que la cinta se haya efectuado en el otoño tardío o en los inicios de la primavera, cuando el frío es duro, la lluvia menuda y los árboles están deshojados. No creo que un caribeño lleno de sol como García Márquez soportara, con estoica paciencia, la despiadada nieve y los veinte o treinta grados bajo cero del pesado invierno. No es ni de lejos una igual penitencia un invierno parisiense que un invierno vienés. Lo mejor es volver al notable filme de Carol Reed, y ver de nuevo las soberbias actuaciones de Orson Welles y Joseph Cotton, la belleza de la principal actriz y la imagen del adiós sin adiós del final.

PARQUES Y JARDINES

Eran los jardines y parques de la Ringstrasse, siempre tan correctos, tan austriacos, como la música de Strauss o el vestido tirolés.

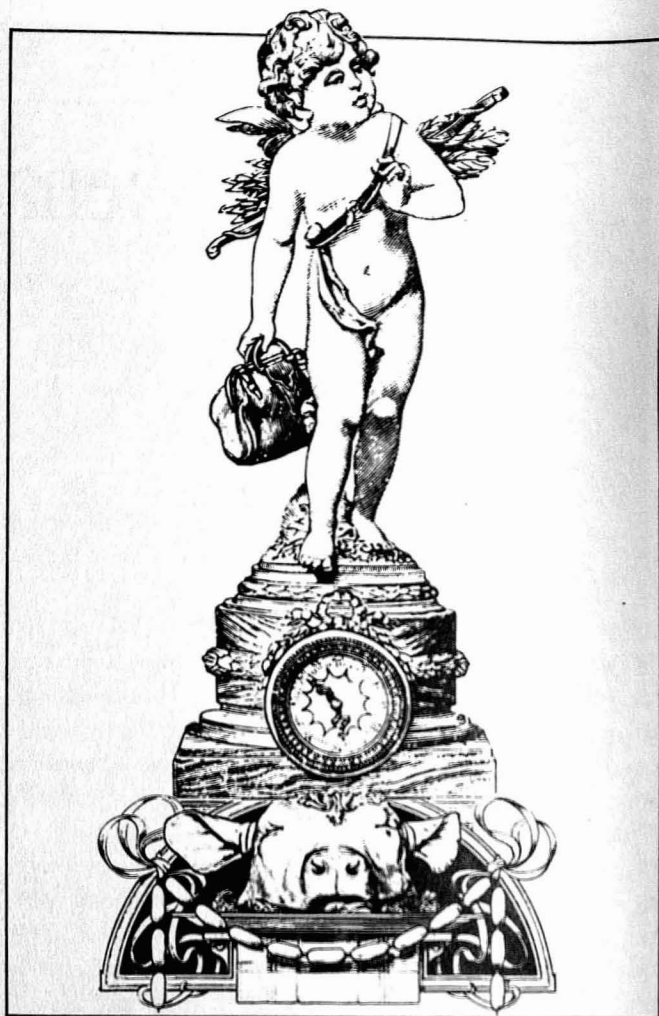
Paseaba a veces por el Volksgarten, con su falso templo neoclásico, sus estatuas con tema mitológico y su pequeño estanque que presidía la estatua de la emperatriz Elisabeth, Sissi, erigida con perfiles admirativos años después de su injustificable asesinato.

Paseaba a veces por el Burggarten, que presidía la estatua de Mozart, que no se parece a Mozart, y la estatua de Franz Josef, immortalizado, como siempre, en una vejez satisfecha, y al fondo del jardín —como en Karlsplatz, como en estaciones de trenes— la reunión frecuente de marginales, casi todos jóvenes: rebeldes con poca o sin ninguna causa para una sociedad severa que todo lo ha pensado, incluso esos marginales sin futuro ni historia.

Paseaba a veces por el Stadtpark, que presidía la estatua de Johann Strauss, con violín, con traje y con un insoportable aire de pequeño triunfador. Caminaba en torno del estanque de aguas grises y verde oscuras. Si para un extranjero es un deber visitar en México la plaza Garibaldi, beber tequila acompañado de limón y sal puesta entre el pulgar y el índice (que los mexicanos dicen que es la tradición, pero apenas lo hacen), y oír por primera o segunda vez el nombre de José Alfredo Jiménez (autor, por demás, de la canción “Tenampa”, para honor y prez del establecimiento), el turista pobre no evitará en Viena, en las temporadas altas del verano, ir al Kurgarten, al costado del Stadtpark, a oír las ligeras piezas de los Strauss o de Lehar, y aun permitirse el exceso de bailar en la pista un vals al aire libre con la orquesta del parque, y ver en la *salette* de hojas verdes al director y al primer violinista pararse en el umbral del kiosko a recoger, más para ellos que para los integrantes de su mínima orquesta, los parvos aplausos que no se ha llevado el viento de un público que casi no lo ha oído por conversar, tomar café o ver lo mejor que puede. La orquesta parece parte del decorado de las hojas de la *salette* en blanco y negro.

Paseaba a veces por los jardines del castillo de Schönbrunn. Prefería sus costados más ásperos, donde uno se encuentra de pronto con el obelisco o las ruinas romanas (que no son ruinas ni romanas), o desde el arco del triunfo de la llamada *Gloriette* contemplar el estanque, los parterres geométricos, el palacio de techo bajo y fachada amarilla, la ciudad amarilla y roja, el alto Kahlenberg. No ajenos a esta estética eran los bellos jardines del bello palacio Belvedere, es decir, lo francés imponía la elegancia.

Paseaba a veces por el Prater, el vasto parque popular, donde solía también jugar fútbol los domingos con los latinoamericanos. Me gustaba en el otoño ver la caída de las castañas sobre la hierba o en banquetas y calles. Casi todos los latinoamericanos vivíamos como mejor se puede, y Viena nos parecía, sin saberlo y acaso sin comprenderlo muy bien, una ciudad remota y triste.



CAMINAR VIENA

a) Era el gusto, en mí lejano en el tiempo, de las caminatas. En los atardeceres, al salir del Instituto de Romanística, me gustaba bajar desde la plaza Otto Wagner, cruzar la avenida, y pasar al lado del nuevo edificio de la universidad, y luego por el edificio antiguo, lleno de pasos y sombras, y atravesar el Ring por el pasaje subterráneo de Schottentor, con su agitación incesante, salir y entrar de inmediato a Schottengasse, y bajar por entre bancos, comercios, restaurantes, atravesar la pequeña plaza de Freyung, con su iglesia barroca de fachada amarilla, y seguir bajando a un lado del pasaje Ferstel y después de la plaza Am Hof y ver sesgadamente sus palacios e iglesias barrocos, hasta llegar a Graben, donde empezaba a crecer la gente hasta volverse multitud.

b) O bajaba desde la estación de trenes del oeste por Mariahilferstrasse, colorida y múltiple, con sus comercios abigarrados y su movimiento sonoro, donde el único idioma ajeno parecía ser el alemán.

Y de pronto el Ring.

c) O me iba por las aceras del Ring, desde Schwarzenbergplatz hasta Schottentor o viceversa, casi una hora bajo los árboles, deteniéndome a veces, por el puro gusto, a sentarme en una banca, y caminar de nuevo y decir adiós al hotel Imperial y al hotel Bristol y a la estatua de Goethe apoltronado y al Burggarten y a los grandes y riquísimos museos y a Helldorplatz y al Volksgarten y al Parlamento y a la alcaldía y al

teatro de la ciudad, mientras quedaba en los ojos inmediatos de la memoria la imagen verde de follajes sucesivos que parecían una arboleda inclinada.

d) O era caminar infinitamente por Kärtnerstrasse. De un extremo al otro infinitamente. De la catedral de San Esteban a la Ópera.

Era un mundo de mundo: turistas de todo signo, muchachas que llevaban en su cuerpo la música del aire, jóvenes seguros de conquistar el mundo con su paso decidido, los mismos grupos que, a partir de las cinco de la tarde –con excepción de la estación helada–, daban el mismo espectáculo: grupos de bolivianos o peruanos que se vestían con trajes típicos de ninguna Latinoamérica, con sus ponchos rojo y negro, mezclilla y pelo largo, cantando canciones típicas en un estilo típicamente latinoamericano para animar y ser aplaudidos por los turistas típicos que con típica ignorancia creían que era así el maravilloso país de ninguna Latinoamérica. Estaban ellos y también un trío, que a veces se hacía cuarteto o dúo, según las condiciones o lo que sea, y un artista colombiano, que tocaba mejor el arpa de lo que cantaba –pero todos, sin duda, tocaban y cantaban mejor que los improvisados grupos que inventaba el Instituto Latinoamericano (el mayor deformador de nuestras culturas en el mundo germánico y otros), que desafinaban cada martes en el Club Universitario de Schottengasse. Había también en Kärtnerstrasse un joven medio joven que se vestía de payaso y daba pitos y serpentinas, y lo mejor, alegría a los niños; había un italiano enanito, casi siempre borracho, que cantaba muy bien en italiano y acompañaba el inglés, y que en el recuerdo aún me da piedad; jóvenes rockeros que, cantarían bien o mal, les hacían círculo ávidos jóvenes y los acompañaban a menudo con las canciones. Y todos estuvieron el tiempo que viví en Viena, y más, mucho más lejos en el tiempo, según me decían quienes vivían allí.

Y ríos de gente. Ríos, ríos, ríos. Un mundo de mundo. Y las tiendas más caras donde los turistas pobres del este europeo ponían una cara de desaliento al ver los precios de los escaparates. Y Viena para ellos no fue una fiesta ni lo será por mucho tiempo.

Y por eso yo prefería girar a la izquierda hacia Graben o adentrarme por las callejuelas del centro, sin ninguna dirección ni objetivo.



TAMBIÉN HABÍA PAISAJE

a) Me gustaba subir al verde Kahlensberg en el verano ardiente y ver amarillarse, hasta ser oro al mediodía, los viñedos de Grinzing, y oír, *sintiéndolo*, un ligero aire que acaricia el cuerpo. Sentir la fuerza y oír luego las voces de las montañas y de las colinas. Subir, y ver desde cualquier ángulo, el Danubio alejándose, los geométricos viñedos y Viena amarilla, y

subir más, y en la amplia y áspera cima, escribir estas líneas que se lleva el viento sobre los árboles, hacia allá, hacia los campos solos.

En otoño e invierno, bajo el frío y el viento duros, era recordar, en la cima del Kahlensberg, no sin dulzura dolorosa, el sol del verano ardiente.

b) Me gustaba ir a Nussdorf, al pie del Kahlensberg, y ahondar entre callejuelas, y subir y tocar troncos de castaños, respirar las vides, las montañas, la lejanía del río, y volver, y caminar por el corredor de casas y de árboles de Beethoven-gang –que hace una esquina sonora con Eroicagasse–, porque Beethoven resuena en muros y aire, árboles y piedras, de todo Nussdorf.

c) Me gustaba ir en días de sol a la isla del Danubio y ver azules en sus tres ramas al Danubio: el viejo Danubio, el nuevo Danubio y el Danubio, y verlo así, porque después el Danubio casi nunca será azul sino casi todo el tiempo verde gris o verde lodo, y ver a las muchachas asoleándose casi desnudas en los meses dorados, y sentarse a la sombra de un árbol, y en locura e iluminación leer a Rimbaud, a Trakl y a Hölderlin, y luego caminar hasta embrutecerse de sol, hasta pensar que el río va lejos, lleva lejos, lejos, a los países donde sólo el sol es soberano, porque después en otoño e invierno y principios de primavera, con el frío y el viento duros, el paisaje se verá desolado y triste.



PERO LOS CAFÉS

a) Eran los excelentes cafés de Viena. En España y en México los cafés se han pensado para que la gente hable, y en España sin parar; en París para que en las terrazas se vean los sucesos de la calle y para ser vistos por los transeúntes; en Italia para que se tome de pie y de prisa un excelente espresso o un delicioso capuchino y salga disparado porque el *cameriere* ya quiere despachar al siguiente.

De modo plausible en los cafés históricos de Viena, y casi en cualquiera de los muchos que hay, puede uno ir a conversar libremente con los amigos escritores o las muchachas admirables, o a leer diarios, revistas y libros, o sentarse a ver pasar el mundo sin que pase nada. El hospitalario sentido de las *Kaffehäuser* enraizó sobre todo en la década de los ochenta del XIX y se ha conservado en las estaciones del tiempo. Era así en el Central, en el Imperial, en el Museum, en el Korb, en el Hawelka, en el Prückel, en el Haag, en el Votiv, en el Eiles... Sobraban los buenos cafés y la buena atención. Lo único reprochable era su triste falta de buena luz, natural o artificial. Se podían dejar allí los ojos. Pero en Viena, por fortuna, se dan los buenos cafés como el estallido de los girasoles en la primavera.

b) Según cuenta el crítico Otto Basil, Georg Trakl, el más

grande poeta austriaco, solía verse en el café Central con su amigo de infancia Erhardt Buschbeck, en el café Imperial con el famoso crítico Karl Kraus, y en el Museum con el gran arquitecto Adolf Loos (que diseñó y construyó este café).

Al Central iban en aquellos años, entre otros, Schnitzler, Klimt y Schiele, cuando el imperio anacrónico de los Habsburgo estaba por caerse a pedazos. Ahora el café da la impresión de elegancia decimonónica, de *Jugendstil* envejecido, con el retrato de Francisco José típico (calvo, patillas, bigote inmesurable), que acompaña feliz al pastel imperial o viceversa, un café donde abundan turistas listos para tomarse la foto, sepan o no la historia prestigiosa del café. Aquí los meseros actúan en el papel de meseros importantes (si los hay). "No hace mucho remozaron el café, me dice Erich Hackl, mientras termina su Moka. Esto no es ni la sombra de lo que fue. Lo mismo el Griensteidl."

c) Café y restorán del antiguo hotel Imperial –igual que el del hotel Sacher– guardan, en cambio, el gusto y el estilo del Imperio. La primera y única vez que entré fue para imaginarme a Georg Trakl y a Karl Kraus conversando. Pedí un café y el famoso pastel imperial. A diferencia del café Central, aquí había un gusto: el gusto por un barroco, ligero y radiante, que puebla los edificios reales: espejos y candelabros y tapices y tapetes y mesas y sillas. Cuando se entra la primera impresión que se tiene es la de que se asiste a una reunión de ancianas, que acaso platiquen la plática de lo ya platicado: de que Viena no es la de antes, de que es casi intolerable la vida con todos los extranjeros que hoy la invaden, sobre todo esos yugoslavos y turcos sucios, y los turistas, además, qué peste, ya no dejan caminar por el centro, qué calma la de antes pero eso ya se terminó, hay qué ver cuántos asaltos y violaciones hay, pronto empezarán a matarnos, vean nada más a ese tipo de mezclilla y tenis, cuándo a alguien se le hubiera ocurrido antes entrar así.

Pero con pena y todo yo ya había entrado y bebía mi café de moka y comía mi pastel imperial. Al fondo se oía un piano. Veía a las viejas, y me decía que en veinte o veinticinco años tendría esa dura edad. Recordé a Mimnermo, a Propertio y a Leopardi que veían la vejez como el mal sumo. Pensé en la fealdad, en las debilidades, en las manías, en los defectos exagerándose, extremándose.

En el piano se tocaban piezas ligeras famosas y se oían parvos aplausos al terminar cada pieza. ¿Quién tocará?, me preguntaba, a causa de mis tenis y mezclilla no podía comer ni beber a gusto. Terminé. Recordé la frase de Georg Trakl en una carta a su hermana Hermine de que a los vieneses sólo les interesa la propina. Le di diez chelines a la mesera, que se puso agradecidísima. ¿Me permite ver el local? *Freilich*, desde luego, respondió. Di una vuelta al café con mis tenis y mezclilla y pena ante la mirada inquisitorial de las ancianas. Me acerqué al piano. Entre poseída y ridícula tocaba penosamente una señora de edad, segura del aplauso y la aceptación. Me dio tristeza y pena.

Salí con premura del café y ya en la calle me preguntaba qué diablos hacía allí Georg Trakl conversando con Karl Kraus. Si era así el café entonces, claro.

d) Al que más visité de estos cafés fue al Museum. No era

fácil ver a través de esa atmósfera de cigarros, de olores, de luces casi opacas, y que volvían aún más opacas las paredes y el techo color miel oscuro. Las ventanas apenas dejaban filtrar la luz.

Era una detonante mezcla. Solían reunirse artistas, estudiantes, presuntos artistas, presuntos estudiantes, snobs, ultrasnobs, prehippies y poshippies, *old and new punks*, vanguardistas y posmodernos, y sobraban barbas, greñas, pelos de todos colores, colas de caballo, calvas, fachas y desfachateces. No se excluían en el sitio, para dar mejor muestra de autenticidad y decadencia, descarapeladuras en muros y cierta suciedad. Nunca vi en el establecimiento los percheros y los sillones negros ser del todo negros o a los sillones rojos recuperar el color de origen. En ese aspecto era lo opuesto del Central y el Imperial.

Se daban exposiciones de cuadros de artistas principiantes y de otros que, con justicia, han sido excluidos de las importantes galerías. Y por supuesto, como en todos los cafés históricos, había mesas de billar y de ajedrez y de cartas.

Era un ambiente agradable, respetuoso, de buen trato (en una ciudad que no se precia de él), un café de abolengo que conserva su abolengo contra el tiempo y contra todo.

Me gustaba ir al café Museum. Como me gustaba ir a otros, por ejemplo, el Korb, impecable, elegante pero sin pretensiones, con sus sillones y sillas verdes, sus percheros justos, su multitud de diarios y revistas, su billar. Un servicio magnífico, el mejor de Viena, creo.

Como me gustaba también ir a otros, algunos inevitables, por estar cerca de la universidad, como el Maximilian, el Votiv, el Haag, el Stein o el Eiles. Pero podría hablar de una muchedumbre de pequeños cafés, que atienden casi siempre el propietario o la propietaria, sencillos, eficaces.

Para mí Viena es la ciudad con los mejores cafés del mundo.



CINES

A falta de recursos para asistir a la ópera o a conciertos, iba al cine. En Viena recobré mi antiguo gusto. Desde los años del desastre con Margarita López Portillo al frente de RTC, destruyendo como Atila cuanta hierba encontró a su paso, apenas me asomé a un cine en México, a sabiendas del riesgo de mi cremación intelectual.

En Viena casi siempre fui a cines que proyectaban películas en los idiomas originales, casi siempre en inglés: el Burg, el France, el Stadtkino, el Votiv, y cuando no estaba de vacaciones, que no era poco tiempo, la cinemateca vienesa (*Osterreichische Filmmuseum*), donde vi retrospectivas de Buster Keaton, que fue un verdadero grande hasta que llegó el cine hablado, y de Akira Kurosawa, múltiple en sus temas e intenso siempre.

Apenas tenía ánimos para asomarme a otros. Era casi imposible hallar películas extranjeras con subtítulos; el peor invento técnico del cine ha sido el doblaje a otros idiomas; casi todas estaban dobladas al alemán. Por demás, la gran mayoría eran estadounidenses, lo que dice todo. En Salzburgo, con pocos cines y criterio comercial, no tuve ni siquiera las opciones de Viena, las magníficas opciones de Viena, una verdadera gran capital cultural.



UNA SALCHICHA, PERO SIN MOSTAZA

Como un mexicano pone toda su fe en volverse rico con una taquería o un taller mecánico o un italiano con una pizzería o lo que sea, un vienés fiel —o un austriaco o un alemán— la pone en un puesto de salchichas. Sobran los puestos de salchichas estacionados desde siempre en la calle, en las estaciones de trenes o en el metro. El rótulo común era WURSTELSTAND, o sea, en lenguaje simple, puesto de salchichas, pero otros anunciaban: "La isla de las salchichas", o el "Bar de salchichas", o "Especialidades de salchichas", o "Salchichas calientes"... Después de todo, me decía al leerlos, los países escandinavos y germánicos se distinguen por su organización y disciplina pero no por su imitación o malicia. Probé, menos por gusto y más por "experiencia", esos *delikatessen*, que me causaban, por problemas circulatorios, un daño cruento: el *Käsekrainer*, salchicha con queso; el *Debreziner*, dos salchichas desabridas; el *Frankfurter*, dos salchichas menos desabridas; el *Bratwurst*, que es la gata pero revolcada de la salchicha asada; y todo con su pan y su mostaza y su pfefferoni, y otras sensoriales y pequeñas delicias, de las que usted puede prescindir sin dificultad en su dieta y tener mejor digestión.

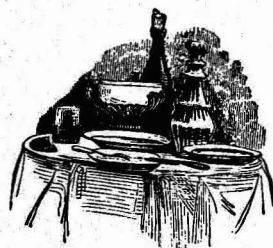
—¿Me podría dar ahora su opinión sobre las papas?



VENTA DE DIARIOS

Una de las imágenes más tristes y dolorosas que me dejó Viena, como a muchos extranjeros, era ver a turcos y árabes, que vienen de países del sol, vendiendo diarios desde las seis de la tarde hasta casi medianoche: nevara, lloviera, relampagueara o fustigara el feroz viento. En tiempo de frío o de heladas, que son siete u ocho meses al año, se refugiaban en las bocas del Metro (Karlsplatz, Schottentor), pero los más debían vender a la intemperie. Los recuerdo como fantasmas por el Ring, en Kärtnerstrasse, en Graben, en las estaciones de trenes, en cru-

ceros significativos de avenidas o calles. Podían reconocerse de inmediato porque los uniformaban con los colores que representaban al diario: azul y mínimamente blanco para *Die Presse*, blanco con un cuadro naranja para *Der Standard*, rojo para *Bazar*, amarillo y blanco para *Kurier* y *Kroner Zeitung*, y así. Los vendedores eran de una amabilidad y honradez conmovedoras y solían decir apenas en un balbuciente alemán: ¡Danke shún!, ¡Wiedersééén!, ¡Anshúligen!, ¡Noj niijt!, ¡Nááál! ¿Y cuál era la fiesta?



OBEDEZCA, POR FAVOR

Mire usted: las señales son muy claras: en tranvía y metro no puede fumar. Estos asientos son para inválidos, ancianos, mujeres embarazadas o mujeres con niño. No se siente. No moleste al de junto. Espere el momento justo para bajar. Es inútil que apriete en el tranvía el botón más de una vez.

Estos tachos de basura verdes que ve en la calle son para que ni un tonto se equivoque: éste es para periódicos y revistas, éste para frascos, éste para botellas, éste para herramientas inservibles.

No pise y menos se siente o se acueste en el prado. Prohibido tocar. Prohibido pegar carteles. No fume. No grite donde no debe. No haga ruido después de las diez de la noche. Espere la luz verde para pasar a la otra acera, así haya, como usted dice, treinta grados sobre o bajo cero y no pase ningún automóvil. No vaya a equivocarse. Sea usted civilizado. Obedezca, por favor.

Usted sabe cómo queremos los vieneses a nuestros perros, pero en algunos sitios no pueden entrar, o pueden entrar con bozal, o sin bozal pero llevándolos con cuerda. No me diga esa tontería de que los vieneses queremos más a los perros que a los niños. Los perros no pueden defenderse y los niños deben aprender a defenderse. Es una broma de muy mal gusto la ocurrencia del español que usted cita de que si hubiera reencarnación él quisiera ser perro en Viena. ¿Que por qué hablan algunos austriacos de vida de perro como una vida regalada? Porque somos un pueblo que quiere y protege a sus animales, no como en su país atrasado y bárbaro. ¿Que eso es *perreidad* y no humanidad? Pero qué pedestre es usted. ¿Que se la pasa usted brincando por todo Viena para no pisar orines y caca de perros? Usted se pone cada vez más insultante. Qué visión más superficial y subjetiva de todo. Desde el principio, por el acento y la actitud, noté que era usted un extranjero. Si no estaba satisfecho en Viena ¿por qué se quedó un plazo tan grande? ¿Cuánto me dijo? ¿Dos años? Ah, vaya frase última de despedida: Viena es una ciudad en la que se puede vivir y llegar a gustarse, pero es imposible amar. Mire: mejor vuelva a su país, del que usted parece tan orgulloso, y donde lo que sobran son miseria y sol. ♦